

La nube en el ojo

Escribe: WILSON ARCILA

Le pareció que las nubes pasaban demasiado rápido. Las formas se vertebraban y se rompían ante sus ojos. Primero fue una grotesca cabeza con forma de puerco que exhalaba una sardónica sonrisa. Se convirtió después en un buitre que se deshizo en pequeñas motas informes. Más allá, de un rizo gigantesco, apareció la forma de un corcel que tomó alas y del cual, en pocos segundos, se desprendieron otras formas. Todo existía por breves segundos. Todo mutaba con sorprendente rapidez. El estaba allí, con su cámara fotográfica, para sorprender a las nubes, para capturar esas fugaces formas que luego trasladaría al lienzo. Lo que supuso la cabeza de un verdugo se separó del tronco musculoso. Sorprendió los dos instantes con su cámara. El cuerpo de un gigantesco animal, como un toro, fue transformándose y mutando su cabeza por la de un águila sobre la cual un extraño jinete galopaba hundiendo los talones en los ijares. Oprimía el disparador con emoción. Las nubes eran de variados grises. La luz y las sombras se combinaban en una tarde monótona pero rica para el observador. Había subido esa mañana a lo alto de la colina con la certeza de hallar en las nubes motivo de inspiración para salir de su marasmo creativo. Necesitaba el éxito. Meses enteros habían transcurrido sin vender un solo cuadro y sus ahorros se esfumaban tan rápido como una nube. Fotografió el proceso de desintegración de un increíble hongo iluminado del que se desprendió primero el cabello largo de una cabeza de mujer, pasando a convertirse en un cuerpo de turgentes formas. Fueron minutos sumidos en el silencio y la espera. Ahora el sol declinaba y las nubes enriquecían de color, especialmente en lontananza. Graduó la lente y se dio cuenta que le quedaban pocas tomas. "Esta misma tarde revelaré y mañana comenzaré el trabajo sobre el

lienzo", pensó mientras enfocaba un lejano Arco Iris bajo el cual una jauría terminaba de formarse. "Estupendo", pensó. Cerca a él un gran cúmulo ostentaba el perfil de un rostro. Iba plácidamente dormido sobre densa cama de la que colgaban los flecos recamados por el sol de un rico cubrelecho. El rostro le pareció conocido. Volvió la vista sobre el arco iris sin reconocer formas. Una nube gris, cercana, formaba otro cuadro. La dejó pasar porque era un Picasso. Las últimas tomas las hizo a una ridícula cabeza que sonreía estúpidamente unida al cuerpo de un pollo. "Hubo un poco de todo" pensó descendiendo de la colina con la cámara sujeta al costado. Ya oscurecía cuando se encerró en el laboratorio. Allí estaban de nuevo los monstruos que había capturado desde la colina. Hizo una gran ampliación del Cebú que tenía alas en la grupa. La forma era muy nítida. El pondría el color. Lo colocaría sobre una pradera de pastos rojizos, con algunos pedruscos y chamizos de formas extrañas quemados por el sol y muertos de tiempo, sobre un fondo nocturno. Los ojos tendrían un raro fulgor y sobre el lomo la insinuada forma de algún ignorado pájaro de la noche. Las patas traseras tenían espuelas en forma de sierra y de los codos delanteros sobresalían lo que parecía un par de manos simiescas. De su hocico pendía larga babaza también rojiza y sobre su frente brillaba una medalla dorada con una leyenda escrita en irreconocibles caracteres. La piel del animal era tornasolada, con abundantes pliegues. El cuadro estaba hecho. Sólo había que trabajar, extraer de los tubos el color acertado y confiar en su habilidad para realizar esa obra maestra. "Este será el primero", pensó. Dejó el rollo revelado y salió del cuarto oscuro completamente absorto con la ampliación entre las manos. Puso el bastidor sobre el caballete, aseguró la fotografía a la pared a dos pasos del butaco y comenzó a preparar los materiales. Rojos, naranjas, verdes, azules, neutros, fueron saliendo estudiadamente de sus envases. En la mente del artista bailaba el éxito. Tenía que triunfar. Este ánimo le acompañó toda la noche mientras trabajaba.

En la madrugada se sintió cansado. Dio, casi sin aliento, las pinceladas que correspondían a los caracteres de la medalla sobre la testuz del monstruo, limpió los pinceles y se fue a dormir. Despertó pasado el mediodía. Se metió en el baño y luego de una ducha hizo café. Estaba contento. Contempló la obra parado bajo el vano de la puerta a unos cuatro metros. Desayunó café con tostadas y mantequilla. Haría algún retoque y estamparía su fir-

ma. Su firma, pensó con orgullo. Entró en el estudio dispuesto a observar de cerca su obra y a realizar una autocrítica serena. Era sencillamente espléndido. Pasó su mano sobre el lienzo. Magnífica textura. Los detalles estaban cuidadosamente elaborados. La bestia parecía querer salir del cuadro. De pronto se fijó en la medalla. ¡No podía ser! Las letras eran perfectamente inteligibles. Cuando las dibujó estaba muy cansado. Quizás un acto inconsciente. Se acercó y leyó: "Este cuadro es una nube" y las formas y colores comenzaron a desvanecerse ante sus asombrados ojos.